

## FRANCISCO SILVELA, JEFE DEL CONSERVADURISMO ESPAÑOL

El 8 de agosto de 1897 moría asesinado el jefe del partido liberal-conservador Antonio Cánovas del Castillo. Se iniciaba un proceso largo y difícil para encontrar un sucesor digno y aceptado por todas las familias que formaban el partido. Sólo había en las filas conservadoras tres hombres con las cualidades exigibles para ocupar este puesto: Francisco Silvela, Francisco Romero Robledo y Alejandro Pidal.

### LA DISIDENCIA SILVELISTA

Las biografías políticas de Francisco Silvela y de Francisco Romero Robledo estuvieron siempre unidas. La relación entre ambos personajes nunca fue buena. Silvela, más intelectual de la política que político, aristócrata por formación y carácter, estaba demasiado a menudo más cerca de lo ideal que de lo real. Culto, elitista, despectivo, de vida reservada y escasísimas amistades, era todo lo contrario del político caciquil. Vivió obsesionado por conseguir asentar un sistema político estable, que garantizara la convivencia y la paz social. Absoluto defensor de la obra política realizada por Cánovas, creía que era necesario ir más allá. El subdesarrollo económico del país impedía la existencia de una auténtica opinión pública que actuase como soporte del sistema político y había forzado la creación de una pseudo-opinión: el caciquismo. Mientras esta situación durase, a juicio de Silvela, el sistema político no podía considerarse estable. Consciente de que el caciquismo no era obra del sistema político sino de la sociedad, reconoció que conseguir el apoyo de la opinión pública suponía la labor de muchos años. Para lograrlo propuso que el partido ejerciera una política ejemplar en el terreno de la moral pública.

Romero «... era más hombre de acción que de ideas, que no creó nada que pueda parecerse a un cuerpo de doctrina» (1). Oportunista e intuitivo, de gran carácter y enorme capacidad oratoria, era, probablemente, el ejemplo más puro de cacique, aunque en su caso habría que hablar de un cacique de caciques. Siempre rodeado de gran número de «amigos» a quienes servía con toda su tenacidad, dispensador de favores y honores, era el hombre idóneo para ocupar la cartera de Gobernación en tiempo de elecciones. Ello explica que fuera especialmente apreciado por Cánovas, que encontraba en él la persona que le solucionaba ese desagradable y penoso asunto de tratar con caciques, de contentar y satisfacer ambiciones... de realizar unas elecciones.

Silvela y Romero representaban dos aspectos necesarios de la vida de cualquier partido político: el componente intelectual e idealista que delimita las metas a conseguir, que tiene una visión amplia de la función del partido en la sociedad... y el componente práctico de la política cotidiana, llena de manejos y acciones poco ejemplares. Teóricamente Silvela y Romero eran complementarios, de hecho fueron incompatibles.

La historia del partido liberal-conservador fue, en gran medida, la historia del enfrentamiento entre estos dos hombres, considerados, durante mucho tiempo, como los mejor situados para suceder a Cánovas. No vamos a entrar aquí a comentar las causas y el desarrollo de este enfrentamiento; sólo señalaremos que en diciembre de 1892 Silvela y un grupo de seguidores abandonaron el partido acusando a Cánovas de permitir que destacados miembros del mismo realizaran acciones corruptas.

Silvela continuó fuera del partido mientras Cánovas vivió, aunque siguió considerándose conservador. En torno a su periódico, *El Tiempo*, se consolidó el silvelismo como formación política, «los rusos», y como ideario. Para el pidalista marqués de Lema «una gran parte de los que siguieron en su disidencia a Francisco Silvela pertenecía a esta sección de personas *bien*, como ahora se diría» (2). Un «ex-redactor» de *El Tiempo* nos ha dejado una lista de los primeros seguidores de Silvela (3). En ella constan 78 personas, 24 de ellas con título nobiliario; entre las que no lo poseen destacan apellidos de especial sonoridad en la sociedad española. Como afirma Carr, «... los admiradores más entusiastas de Silvela eran los aristócratas católicos jóvenes» (4) que se encontraban más a gusto en la moralidad estricta y el contenido ideológico del silvelismo que en el partido de Cánovas, con su importante e inevitable aparato caciquil y con un programa muy diluido. Lo que

(1) AYALA PEREZ, J., *Un político de la Restauración: Romero Robledo*. Antequera, 1974, p. 58.

(2) LEMA, marqués de, *Mis recuerdos. 1880-1910*. Madrid s. f., p. 116.

(3) UN EX-REDACTOR, *El Tiempo*. Madrid, 1899, p. 31-32.

(4) CARR, R., *España 1808-1939*. Barcelona, 1970. 2.ª ed., p. 351.

daba unidad al silvelismo de los primeros momentos era más un cierto sentido elitista, moralista, el convencimiento de que había que reformar muchas cosas, que una clara identidad ideológica conservadora. Como ha señalado el «ex-redactor», «en el *totum revolutum* del silvelismo primitivo hubo matices para todos los gustos. Figuraban por su historia antiguos zorrillistas, revolucionarios templados, republicanos, conservadores nuevos, unos incorruptibles y carlistas arrepentidos» (5).

La disidencia silvelista fue un callejón de difícil salida. Silvela no estaba dispuesto a ceder en materia ideológica: el partido debía convertirse en el vehículo de la reforma del Estado a través de una política moralizadora, reformando la Administración y creando una auténtica opinión pública. Era necesario para ello depurar las bases y la jerarquía del partido. Durante su larga disidencia Silvela desarrolló un programa político que ya había esbozado durante su permanencia en las filas conservadoras (6). Hará de ese programa un instrumento para combatir a Cánovas y atraer hacia él a la juventud conservadora, convencida de la necesidad de superar la política de aquellos años en un sentido que, más tarde, se denominará «regeneracionista».

La crisis colonial dio a Silvela esperanzas fundadas de volver al poder. Cánovas ocupó de nuevo la presidencia del Consejo de Ministros el 23 de marzo de 1895. Su gobierno supuso el fracaso de uno de los últimos intentos de reagrupamiento de las fuerzas conservadoras y el predominio, ahora más que nunca, de los «húsares de Antequera», expresión utilizada para referirse a las depredadoras huestes de Romero Robledo. El 30 de marzo Silvela tuvo un duro enfrentamiento con Cánovas, anunciando un mayor distanciamiento del gobierno, aunque se reiteró en su intención de no formar un segundo partido conservador (7). Sin embargo a partir de estas fechas comenzaron a crearse comités silvelistas en muchas provincias. Tenían una triple finalidad: darse una organización lo más potente posible para demostrar a Cánovas su fuerza, prepararse para las inmediatas elecciones legislativas que se presumían durísimas (8), y tener un instrumento político que le pudiera servir durante la crisis, que tanto Silvela como las demás figuras políticas sobresalientes de estos años veían venir.

La guerra de Cuba era el problema principal que tenía que afrontar el gabinete. Se había llevado allí al prestigioso Martínez Campos, pero su política de pacificación no surtía efecto. Desde los medios conservadores se pedía un cambio radical en la política colonial. Martínez Cam-

---

(5) UN EX-REDACTOR, *op. cit.*, p. 83.

(6) PORTERO, F., *Francisco Silvela. Notas para una biografía*. Memoria de Licenciatura. Universidad Complutense. Madrid, 1982.

(7) SILVELA, F., *Artículos, discursos, conferencias y cartas*. Madrid, 1922. Vol. II, p. 158 y ss.

(8) LLANOS Y TORIGLIA, F. de. «Nota preliminar» en SILVELA, F., *op. cit.* Vol. II, p. 24.

pos volvió a la Península y se envió a Cuba a Weyler, que aplicó allí una política estrictamente militar: aniquilar al enemigo. En el aspecto político Cánovas había pasado de ser furibundo enemigo de la autonomía a uno de sus defensores, ampliando la ley Abárzuza.

Sagasta y Silvela atacaron duramente esta política, compitiendo entre sí en ambigüedad. Silvela defendió públicamente la gestión de Martínez Campos, a pesar de la impopularidad de la actuación del general. Entre sus planes estaba sustituir a Cánovas por Don Arsenio al frente del partido y éste era uno de los pocos conservadores favorables a una vuelta de Silvela al mismo. Su defensa se basaba en que Cánovas había enviado a Martínez Campos a Cuba sabiendo que iba a llevar una política de concordia, cuando lo único que cabía era la guerra abierta. La responsabilidad del fracaso debía caer sobre Cánovas, no sobre Martínez Campos. Si bien consideraba necesaria una acción militar dura, criticó a Weyler por sus excesos. Se oponía así a Cánovas y se aproximaba a los que veían en Weyler a un sanguinario.

En cuanto a las reformas administrativas de Cuba, apoyó la Paz de Zanjón —obra de Martínez Campos— y fue radicalmente contrario al proyecto Maura: era una dejación de soberanía, un reconocimiento de la independencia. Mientras Cánovas fue antiautonomista, Silvela defendió la aplicación de la ley Abárzuza, porque el prestigio de la Nación exigía que una ley aprobada en Cortes cobrase vida. Pero cuando Cánovas decidió ampliar esta ley, Silvela reaccionó acusándola de entreguista. Parece, pues, que la postura de Silvela respecto a Cuba no era otra que la contraria a Cánovas, fuera cual fuese ésta. En realidad Silvela quiso conscientemente, distanciarse de la política de Cánovas para poder aparecer llegado el desastre, tan esperado como temido, como el único líder posible del conservadurismo español.

Paralelamente buscó el apoyo de los generales conservadores. Su defensa de Martínez Campos tuvo su recompensa. Las relaciones entre el general y Cánovas no podían ser buenas tras su relevo por Weyler. Pero la ruptura entre ambos llegó como consecuencia de la negativa de Cánovas a la propuesta del general de que Silvela volviera al partido. El segundo apoyo lo encontró en Camilo García de Polavieja, quien volvía a Madrid después de ejercer la máxima autoridad en Filipinas, que abandonaba voluntariamente. La razón pública fue su estado de salud, tras la que se escondía su enfrentamiento con el Gobierno por negarle refuerzos para concluir la pacificación de las islas. El cuartel silvelista se encontró con un regalo inesperado, «La espada vencedora en Paríague podía ser para nosotros la cuchilla vengadora de nuestros agravios, y la que nos limpiara el camino del poder, obstruido por los tágalos canovistas, gente de más cuidado que las desorganizadas huestes de

Aguinaldo» (9). Polavieja, hombre vinculado a los círculos católicos y de extrema derecha, bien visto en la Corte, fue recibido clamorosamente en Madrid. Era aquella una maniobra antigubernamental dirigida por el marqués de Comillas, Canalejas y Silvela, a la que se sumaron elementos empresariales y regionalistas. El recibimiento no hubiera tenido especial importancia si no hubiera sido por una indiscreción regia, que desató la conocida «crisis del balcón» que llevó a Cánovas a presentar la cuestión de confianza. La vinculación de Polavieja al silvelismo, anterior a estos sucesos, se fue haciendo más estrecha.

El 11 de enero de 1897 Silvela llamaba públicamente la atención sobre las consecuencias de la guerra colonial: «... acercándose una crisis (que puede ser política y que pudiera llegar a ser nacional)» (10). Tras resaltar las causas que le llevaron a abandonar el partido conservador hizo una advertencia a Cánovas con evidente intencionalidad política: el problema de Cuba «es un problema ante todo y sobre todo de presupuestos, de fuerzas económicas y personales, y eso sólo lo puede medir un Gobierno (...). Yo entiendo que hay que oponerse (...) a la falsa idea de que las naciones se engrandecen por el martirio (...). Los que desde las tribunas parlamentarias o desde los cómodos asientos de los gabinetes proclaman el sacrificio del último hombre y de la última peseta, no realizarán jamás nada que pueda abonar la Historia. Utilizarán una retórica barata y pasajera, impropia de los hombres de Estado; pero la medida exacta de la fuerza y de la resistencia es lo que debe ser el criterio de las soluciones: sacrificándose, si para ello es preciso, en su popularidad, en sus antecedentes históricos, quizá en la reputación para el resto de su vida. En esos duelos a muerte con la opinión, tienen que verse envueltos los hombres de Estado cuando estas circunstancias se producen y no pueden rehusar el sacrificio de sus prestigios...» (11).

El 12 de junio dio Silvela un paso más en su política de distanciarse del Gobierno. Convocó a sus seguidores y simpatizantes a crear una organización política, no un partido, dispuesto a llevar adelante el programa silvelista.

## LOS PRETENDIENTES

A pesar de todo, en agosto de 1897 Silvela no tenía, de hecho, más aliados políticos que sus escasos, aristocráticos y selectos amigos. Tras haber mantenido violentas polémicas con *La Epoca*, órgano del conservadurismo canovista, y haber tratado públicamente a Cánovas

---

(9) UN EX-REDACTOR, op. cit., p. 177-178.

(10) SILVELA, F., op. cit. Vol. II, p. 278.

(11) SILVELA, F., op. cit. Vol. II, p. 289-290.

y a sus seguidores con la mayor dureza, sus relaciones con el líder conservador se podían considerar definitivamente rotas. *La Epoca* le ignoraba y sólo se refería a él para tratar de cualquier reunión o mítin «fracasado» de sus seguidores. La muerte de Cánovas quitó sentido a la política que hasta entonces había llevado Silvela. Sin Cánovas ya era posible el reagrupamiento de las fuerzas conservadoras, siempre y cuando Silvela consiguiera imponer su programa. Para lograrlo tendría que romper la imagen que de él se tenía en las filas del conservadurismo ortodoxo: era el disidente por excelencia, el hombre que se había atrevido a combatir al «Monstruo», idealizado por estas fechas. Silvela necesitaba, inevitablemente, tiempo. Que era posible quedó claro con el trato que *La Epoca* comenzó a darle inmediatamente después de la muerte de Cánovas: se acabaron los ataques y se pasó a un trato respetuoso. Era evidente que muerto Cánovas muy pocos tenían la talla suficiente para sucederle y Silvela era uno de ellos.

A la altura de 1897 Romero era un hombre totalmente desprestigiado. Su afición por los manejos electorales, la corrupción de alguno de sus colaboradores más próximos y las fortísimas campañas de prensa y parlamentarias que Silvela lanzó contra él hicieron imposible que se plantease seriamente suceder a Cánovas. Romero no contaba con el apoyo de ninguno de los prohombres del partido. El vio desde el primer momento cómo se desarrollarían los hechos y quién sería el nuevo jefe del conservadurismo. Jugó, como más adelante veremos, sus últimas bazas y supo retirarse a tiempo.

Alejandro Pidal entró en el partido conservador en 1884. Era uno de los líderes más destacados de la extrema derecha, dentro del liberalismo, en concreto del sector católico, y había mantenido hasta entonces una dura oposición a la política canovista. Con su entrada y la de sus seguidores en el partido conservador Cánovas consiguió fortalecer la base de la Monarquía restaurada. El líder católico había dado tal paso por iniciativa del Papa León XIII, quien le convenció de que podría hacer más por la causa de la Iglesia desde dentro del régimen político (12). Fuera del partido conservador Pidal se encontraba con la contundencia del «encasillado» y la disputa del cotizado terreno de la extrema derecha con carlistas e integristas de Nocedal (13). En última instancia, como ha señalado Carr, Pidal, buscaba con su alianza con Cánovas el control católico de la educación (14). La integración no fue fácil, pero tras

---

(12) *Diario de Sesiones del Congreso*. 21/11/1910, ver intervención de Vázquez de Mella.—FERNANDEZ ALMAGRO, M., *Don Alejandro Pidal y su entrada en el gobierno Cánovas de 1884*. Madrid, 1947, p. 13 y ss.

(13) COMELLAS, J. L., *La Restauración como experiencia histórica*. Sevilla, 1977, p. 124.

(14) CARR, R., op. cit., p. 343.

algunos escándalos — caso Morayta y defensa por Pidal en las Cortes del poder temporal del Papa — se llegó a consolidar.

Dentro del partido Pidal logró ser respetado, pero en todo momento fue el jefe del ala más conservadora. Si Pidal llegó a desear la jefatura del partido no lo sabemos; lo que resulta evidente es que, con palabras de uno de sus seguidores y confidente en estas fechas, «ni por un instante creyó que el partido conservador, por un movimiento unánime, le elevaría a su dirección: sabía la falta de entusiasmo por las ideas, los prejuicios de algunos...» (15). A esto habría que sumar algo posible, pero no totalmente probado: el conocimiento por parte de Pidal del rechazo que la Regente sentía hacia él, debido a haber pactado electoralmente con los carlistas y por su ideología, cercana igualmente a éstos (16). Por todo ello Pidal nada hizo para intentar suceder a Cánovas.

Ninguno de los tres conservadores con capacidad y prestigio suficientes para ocupar la jefatura del partido y la presidencia del Consejo estaban en condiciones de hacerlo.

Pero no todos pensaban así. Había quien creía poseer méritos suficientes para acceder a la jefatura. En esta situación se hallaba el ministro de Estado, duque de Tetuán. «Como Cánovas, en su enemiga a Silvela, ofreciera dejar en octubre la presidencia al duque de Tetuán, éste a la muerte de aquél reclamó que se cumpliera la voluntad del ilustre jefe del partido conservador» (17). Tetuán tenía el apoyo de Elduayen, amigo personal de Cánovas, y de algunos ex-ministros de cierto peso en el partido, pero sus pretensiones eran excesivas. No era propiamente un conservador, había llegado al partido de la mano de Martínez Campos, y durante muchos años había militado en el campo liberal, hecho que hasta entonces él había recordado públicamente. Era senador y apenas tenía relación y conocimiento de la estructura y bases del partido. No era un hombre brillante ni tenía capacidad oratoria y, por último, la «crisis de la bofetada» le hacía inadmisibles para la oposición (18).

Los cuatro candidatos representaban mucho más que ambiciones personales o intereses de grupo. Eran cuatro interpretaciones de lo que debía ser el partido conservador a fines del siglo XIX. Los «católicos» defendían el abandono del componente liberal y la militancia en la defensa de la doctrina política de la Iglesia. Los «húsares» representaban la profesionalidad política sin su componente moral e ideológico, eran la

---

(15) LEMA, marqués de, op. cit., p. 228-229.

(16) *Ibidem*.

(17) ORTEGA RUBIO, J., *Historia de la Regencia de María Cristina Habsburgo-Lorena*. Madrid, 1905, p. 250.

(18) LEMA, marqués de, op. cit., p. 230.

expresión más viva y sincera del caciquismo. Los «rusos» proponían la reforma del partido, la proyección hacia el siglo XX canalizando los intereses mercantiles, regionalistas y «regeneracionistas» hacia el conservadurismo mediante una política anticaciquil, de reforma de la Administración y movilizadora de la opinión pública. Por último los «caballeros del Santo Sepulcro», así llamados por su fidelidad al difunto, defendían el canovismo sin Cánovas. Para su desgracia el último Cánovas y la gestión del problema colonial eran mercancía escasamente atrayente.

## PRIMERAS MANIOBRAS

Quien actuó con más rapidez y, posiblemente, con más inteligencia fue Romero. El día 11, junto a Cos Gayón, realizó en el Círculo Conservador de Madrid un acto donde todos los presentes juraron fidelidad a la obra de Cánovas y luchar por mantener el partido unido (19). Era, claramente, un intento de bloquear la vuelta de Silvela, el hombre que ofendió y contradujo a Cánovas y cuya entrada supondría la desunión del partido. Poco después, en unas declaraciones a la prensa, volvió a insistir en la necesidad de continuar la política de Cánovas y de mantener el partido unido. Condenó la posibilidad de que Silvela se reincorporase a la agrupación conservadora porque supondría «(...) que el Sr. Cánovas del Castillo había sido durante toda su vida y su mando el amparador de gente inmoral, indigna de la consideración pública», como había señalado repetidamente Silvela. Para Romero la reconciliación sería la «(...) más inaudita profanación de la memoria del finado» (20). Su última maniobra fue dirigida al político que las circunstancias habían convertido en árbitro de la situación: Pidal. Romero le ofreció su apoyo para acceder a la jefatura. La razón de este apoyo —mal menor— no era otra que intentar impedir la entrada de Silvela —absolutamente incompatible con Romero en estas fechas— maniatando a su posible introductor. Pidal no aceptó (21).

Romero fue, quizás, el conservador que más claramente intuyó cómo se desarrollaría la sucesión. Hizo todo lo que pudo, dentro de un escaso margen de maniobra, y se retiró a tiempo a su finca de «El Romeral» desde donde siguió el desarrollo de la crisis convencido de que nada más podía hacer en Madrid. Como Gabriel Maura ha señalado (22) la muerte de Cánovas supuso la de su propio partido, hecho a su

(19) *La Epoca*. 11/8/1897.

(20) *Ibidem*. 15/8/97.

(21) *Ibidem* y LEMA, marqués de, op. cit., p. 230-231.

(22) MAURA, G., *Historia crítica del reinado de Don Alfonso XIII durante su minoridad y la Regencia de Doña María Cristina de Augsburgo y Lorena*. Barcelona, 1919-1925, p. 335.



imagen y semejanza, que venía sufriendo la pérdida de imagen de su líder, erosionada por la corrupción y el caciquismo. El nuevo partido conservador necesitaba, ante la opinión pública, el programa y la aristocrática imagen de Silvela. Romero se dio cuenta y actuó en consecuencia.

La posición de Pidal se podría resumir en tres puntos: consolidar la situación conservadora con un hombre neutral al frente, forzar la constitución de un gobierno al gusto de Silvela, aunque éste no estuviera aún directamente representado, y facilitar la vuelta del disidente al partido (23). El problema de la jefatura debía resolverse, a juicio del líder católico, de la misma manera que la de la Presidencia del Consejo. Pidal no defiende en estas fechas la candidatura de Silvela; por el contrario intentará controlarle limitando su fuerza a la de cualquiera de los restantes líderes del partido (24).

Además del apoyo de Pidal, Silvela contaba con el de Martínez Campos en el partido y ante la Regente, así como el del consejero palatino Polavieja (25). Votos ambos de calidad que, llegado el momento, determinaron la solución de la crisis.

Frente a ellos, el grupo capitaneado por Elduayen y el duque de Tetuán defendía el mantenimiento del gobierno anterior presidido por Manuel Azcárraga. Tetuán no contaba con el respaldo suficiente para acceder a la jefatura, por lo que optó por apoyar a Azcárraga el tiempo necesario para ganar la confianza del partido y de la Corona. No vetaban la vuelta de Silvela, pero exigían que ésta fuera gradual y sin exigencias, una vuelta humillante donde debería asumir todo lo que antes condenó, desde el gobierno hasta el personal político.

Tras el asesinato, la clase política se reunió en Madrid y comenzaron las negociaciones. Silvela consiguió convencer al general Azcárraga y, posiblemente, a Pidal para ofrecer la presidencia del Consejo a Martínez Campos. Este era, muerto Cánovas, el hombre de más prestigio con que contaba el conservadurismo. El hecho de no encabezar ningún grupo dentro del partido hacía de él el hombre ideal para dirigirlo en una situación como aquella. Pero Martínez Campos no aceptó (26). Fracasada esta gestión —óptima para Silvela— Azcárraga quedaba como el conservador mejor situado para presidir la nueva situación. Martínez Campos, Pidal y Silvela le ofrecieron su apoyo a cambio de que reorganizase el gabinete sacando de él a destacados «caballeros del Santo Sepulcro» como Tetuán, Navarro Reverter y Castellanos, y dando

(23) LEMA, marqués de, op. cit., p. 231-232.

(24) Carta de Luis Pidal a Lema, 22 y 23 de agosto, en MAURA, G. y FERNANDEZ ALMAGRO, M., *Por qué cayó Alfonso XIII*. Madrid, 1948, p. 408 y ss. y UN EX-REDACTOR, op. cit., p. 230.

(25) ROMERO MAURA, J., *La rosa de fuego*. Barcelona, 1975, p. 543.

(26) *La Epoca*. 26/8/97.

entrada a hombres más próximos al silvelismo (27). Sin embargo Azcárraga se inclinó hacia Elduayen y Tetuán, manteniendo el gobierno que Cánovas había dejado. Con ello el duque de Tetuán creía dar un paso adelante en el camino hacia la jefatura, Azcárraga se hacía ilusiones de que su jefatura no sería una mera transición y, por último, hacían imposible una vuelta de Silvela al partido en condiciones normales. Debería hacer una previa penitencia que le redimiese de sus pecados de heterodoxia. Martínez Campos y Polavieja, visto el desarrollo de la crisis y con acuerdo de Silvela, recomendaron a la Regente llamar a Sagasta (28). El partido conservador que el país necesitaba en plena crisis colonial pasaba, a juicio de ambos generales, por un cambio de política donde Silvela tendría que ocupar una posición importante. María Cristina aceptó sus consejos: confirmó a Azcárraga y a su gobierno y envió recado a Sagasta de «(...) que a su regreso a Madrid le ofrecería el poder y no admitiría la negativa, so pena de hacer saber cómo en junio se lo había ofrecido ya, y rehusádolo el jefe liberal» (29).

#### «LA CONJURA CONTRA EL CONSUL MARELO» (30)

La solución Azcárraga como jefe del partido y del gobierno durante la transición había quedado herida de muerte. El nuevo gobierno —es decir, el viejo gabinete de Cánovas presidido por Azcárraga y condenado a vivir apenas un mes— era rechazado por una gran parte del conservadurismo. Los católicos se negaban a aceptar la preponderante influencia de Elduayen y Tetuán por dos razones: en primer lugar por el desequilibrio que suponía dentro del partido y, en segundo lugar, porque aquella situación favorecía a Silvela que, poco a poco, veía su posición más reforzada. Muerto Cánovas se hizo evidente que el conservador más atractivo para las bases del partido y para la opinión pública era el disidente. Como Luis Pidal señaló «(...) los elementos jóvenes y valiosos del partido conservador, que si no se agrupan y buscan dirección, se los irá tragando uno a uno Silvela, cuando lo que hay que aspirar es que venga a formar, con éste y sus elementos, un todo, cuyo jefe neutral podría ser el día de mañana, como se van poniendo las cosas, el general Martínez Campos» (31).

(27) *Ibidem.* 18 y 26/8/97.—LLANOS, op. cit. Vol. II, p. 381.—LEMA, op. cit., p. 233.—SOLDEVILLA, *El año político 1897*. Gerona, 1898, p. 335.—ROMERO MAURA, op. cit., p. 543.

(28) *El Tiempo*. 19/8/97.

(29) ROMANONES, conde de, *Dña María Cristina de Habsburgo Lorena. La discreta regente de España*. Madrid, 1933, p. 136.

LEMA, op. cit., p. 234.

(30) UN EX-REDACTOR, op. cit., p. 233.

(31) Carta de Luis Pidal a Lema en MAURA, G. y FERNANDEZ ALMAGRO, M., op. cit., p. 409.

La solución de la crisis fue para Silvela óptima. En primer lugar había conseguido que los «ortodoxos» le aceptasen, con la sola excepción de Romero, como uno más. En segundo lugar había decidido de Pidal y Martínez Campos un público reconocimiento de hombre imprescindible en el partido. El también se había ofrecido públicamente para apoyar el gobierno a cambio de algunas modificaciones y había reconocido la jefatura del general en quien el partido había confiado. Además se encontró un formidable aliado, la incompetencia de Tetuán, que frustró la única maniobra que podía haber impedido el ascenso a la jefatura de Silvela: un gobierno Azcárraga apoyado por Silvela, que suponía una jefatura Azcárraga con respaldo suficiente para maniatar al disidente (32). Esta era la opción defendida por Pidal y por algunos conservadores independientes como Escobar, propietario de *La Epoca*.

Silvela debía saber que el gobierno no pasaría del verano, pero aún así tenía que dañar suficientemente la imagen pública de Azcárraga para evitar que su jefatura se prolongase en exceso. Por ello dio un giro a su política y pasó a adoptar una actitud de intransigencia. Denunció la falta de representatividad conservadora del gobierno, advirtió que no pasaría del verano (33) y exigió, para su plena integración en el partido, la adopción de su programa y el cambio del gobierno (34). Con la llegada del mes de septiembre los líderes políticos volvieron a Madrid dando por terminadas sus vacaciones. Inmediatamente se reanudaron las negociaciones para incorporar a Silvela en la mayoría conservadora, pero las nuevas exigencias de éste imposibilitaron un acuerdo. Cuando apenas hacía un mes de la muerte de Cánovas, el antiguo disidente exigía a los «ortodoxos» que denunciaran su propia historia (35).

Esta política de intransigencia provocó serias tensiones en el partido, llegando a una violenta polémica entre *La Epoca* y *El Tiempo*. Pero, cuando más débil parecía la posición de Silvela, se produjo la caída del gobierno. El día 30 de septiembre María Cristina retiraba su confianza a Azcárraga y llamaba a Sagasta. La crisis sorprendió a Azcárraga y a Tetuán, que creía firmemente en la continuidad de la situación conservadora. Con ello la Regente sentenciaba el fin de la jefatura Azcárraga al frente del partido. Como ha señalado Varela Ortega, en el régimen de la Restauración, al no ser la opinión pública capaz de dar vida al mecanismo electoral, recaía en la Corona la función de otorgar a un partido o a otro el gobierno, siendo su parámetro fundamental el respaldo que el

(32) UN EX-REDACTOR, op. cit., p. 230.

(33) *El Tiempo*, 21/8/97 y *La Epoca*, 22/8/97.

(34) *El Tiempo*, 22/8/97.—UN EX-REDACTOR, op. cit., p. 230.—*La Epoca*, 27/8/97.—*El Tiempo*, 28/8/97.

(35) *El Tiempo*, 10/9/97.

jefe del gobierno o de la oposición recibía de su propio partido (36). Al retirar María Cristina la confianza a Azcárraga dejaba muy claro que consideraba su jefatura carente de respaldo suficiente y prejuizgaba indirectamente el fracaso de una jefatura presidida por Tetuán.

La lucha realizada durante el verano determinó los cambios que se producirían a lo largo de 1898. La táctica empleada por Silvela consiguió plenamente sus objetivos: frustró la candidatura de concordia con Azcárraga en la jefatura, derrotó a Tetuán y forzó a Pidal a patrocinar abiertamente la candidatura de Silvela.

## EL GOBIERNO SAGASTA

Los liberales volvieron al poder conscientes de lo que les esperaba. Las élites políticas sabían de la gravedad de la situación colonial y de sus posibles consecuencias: crisis del partido en el gobierno, alza del carlismo, posible hundimiento de la Monarquía, instauración de una dictadura militar... (37). ¿Por qué no lo evitaron? En primer lugar porque el Ejército no aceptó que el gobierno cediera la soberanía de sus últimas colonias sin previo enfrentamiento militar. Poco después del desastre de Cavite *La Correspondencia Militar* señalaba «El Ejército no puede pasar por humillaciones vergonzosas; el Ejército no puede tolerar que politiquillos cobardes, mercanchifles adinerados y tontos, sin conciencia de sus actos, le deshonen pidiendo la paz; por eso, solicitar hoy ésta, lo juzgamos como un crimen de lesa patria, e indicamos el procedimiento que debe seguirse para los que pretenden, con una traición, hundir en el fango despreciable de la cobardía el buen nombre de España» (38). La clase política temía, con fundamento, que una paz contraria a los deseos del Ejército supusiera un golpe de estado (39). En segundo lugar sospechaban que una paz claudicante provocaría una violenta reacción popular (40) e, incluso, la caída del régimen. La prensa de la época recoge exhaustivamente todos los movimientos de D. Carlos y de las cabezas del carlismo. Aún sabiendo que los políticos carlistas estaban divididos y que la masa carlista no quería una cuarta guerra, el levantamiento se temía, porque podrían aprovechar un estado de ánimo popular contrario a un régimen que les había

(36) VARELA ORTEGA, J., *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración. (1875-1900)*. Madrid, 1977, p. 305.

(37) Ver ROMANONES, op. cit., p. 128.—CASTELAR, E., *Correspondencia de Emilio Castelar*. Madrid, 1968, p. 128 y 359-360.—ROMERO MAURA, J., op. cit., p. 543.

(38) Cit. en ORTEGA Y RUBIO, J., op. cit. Vol. IV, p. 154.

(39) LEMA, op. cit., p. 239.—CASTELAR, E., op. cit., p. 359-360.

(40) VARELA ORTEGA, J., «Aftermath of splendid disaster. Spanish politics before and after the Spanish American war of 1898», en *Journal of Contemporary History*. Vol. XIV (1979). 317-344, p. 320.

llevado a la deshonra. Las dos opciones que tenía Sagasta ante sí eran desastrosas. Optó por la que consideró menos peligrosa para la dinastía y el régimen: una derrota militar que salvara, en lo posible, la dignidad nacional.

Mientras Sagasta hacía frente a la cuestión colonial, en el seno del partido conservador continuaba la lucha por la jefatura. El 8 de octubre de 1897 se formó un Directorio, prueba de que ya había fracasado la candidatura Azcárraga. Estaba compuesto por Pidal, Cos Gayón, Elduayen, Azcárraga y el duque de Tetuán. Su primer acto fue enviar una circular a todos los comités conservadores notificándoles su constitución con el fin de llevar a cabo una reorganización del partido y superar la crisis en que se encontraba (41). Paralelamente *La Epoca* volvía a potenciar la candidatura Azcárraga, como única posible solución para contener a Silvela (42). La primera misión del Directorio era incorporar al disidente en el partido. Pero sus miembros no llegaban a un acuerdo sobre cómo hacerlo. Ante el estancamiento de las negociaciones en el Directorio, Martínez Campos convocó a sus miembros, junto a Silvela y Villaverde, a una reunión conjunta el día 26 de octubre. En ella pidió la pronta fusión de las dos ramas del partido ante la inminencia de elecciones y de sucesos militares en las colonias (43). Muy posiblemente volvió a insistir en lo que ya había dicho a principios de verano: «(...) si seguía la división, me quedaba al lado de Silvela» (44). La misma postura tomó Pidal, «(...) convencido (...) que nada se adelantaría hacia el fin que él juzgaba necesario para bien general, anunció que él marchaba directamente a la unión con Silvela y sus elementos y que le siguiera quien le siguiese» (45). Dos días después Elduayen hizo pública su negativa a aceptar la fusión tal como la propuso Martínez Campos, lo que suponía la negativa de Tetuán y el grupo que le seguía (46). A partir de este momento Elduayen dejó de asistir a las reuniones del Directorio. Por el contrario Cos Gayón y Azcárraga optaron por la fusión.

Inmediatamente se creó una comisión electoral formada por Pidal, Cos Gayón, Silvela y Fernández Villaverde (47). Pero este primer éxito no supuso un alto en la política intransigente de Silvela. Ahora más que nunca se creaban por todas partes círculos silvelistas distintos de

(41) *El Tiempo*. 10/10/97. — *La Epoca*. 9/10/97.

(42) *La Epoca*. 10/10/97.

(43) *Ibidem*. 27/10/97. — *El Tiempo*. 27/10/97.

(44) NIDO Y SEGALERVA, J., *Historia política y parlamentaria del Exmo. Sr. Don Práxedes Mateo Sagasta*. Madrid, 1915, p. 888.

(45) LEMA, op. cit., p. 241.

(46) *El Tiempo*. 29/10/97.

(47) *La Epoca*. 3/11/97.

los liberal-conservadores, lo que lógicamente provocaba malestar en las filas ortodoxas (48). Además seguía insistiendo en la necesidad de que el partido conservador aceptara su programa para que la unión se consumara (49).

El 18 de diciembre y bajo la presidencia de Cos Gayón se desarrolló la Junta General del Círculo Conservador de Madrid (50) en la que se eligió una nueva Junta Directiva siendo nombrado presidente Alejandro Pidal. En su equipo de gobierno no figuraba ningún silvelista. Sin embargo el proceso hacia la fusión seguía adelante: muy pocos días después Silvela volvía a insistir en la fidelidad a su propio programa que, por primera aunque no por última vez, incluía la defensa de la doctrina católica y su aplicación en la legislación (51). Era una concesión a Pidal. El 3 de enero de 1898 Alejandro Pida tomaba posesión de la presidencia del Círculo Conservador de Madrid pronunciando un discurso muy significativo. Se centró en la necesidad de unión de todos los conservadores, sin que ninguno tuviese que renunciar a nada, pues «(...) lo que con toda urgencia nos piden las necesidades de la patria es un partido conservador a la moderna». Era el reconocimiento de la necesidad de aplicar el programa de Silvela (52).

Mientras tanto Romero Robledo había vuelto a la política tras su retiro en Antequera. Sus primeras declaraciones fueron de condena a Azcárraga, Tetuán y Elduayen, negándoles derecho alguno para negociar la crisis del partido (53). Separado ya antes de Pidal, Silvela y Martínez Campos, rompía con estas declaraciones su ligazón con el partido liberal-conservador para buscar nuevas alianzas. Intentó desde el primer momento conseguir el apoyo del general Weyler, envuelto por aquellos meses en oscuras intrigas golpistas. Por su parte el duque de Tetuán y Elduayen también optaron por abandonar el partido y fundar uno nuevo con la bandera del canovismo puro. Junto con Castellano, Navarro Reverter y Linares Rivas firmaron un manifiesto condenando el «exclusivismo» impuesto por Silvela (54). Ya no se podía hablar de vuelta de Silvela al partido liberal-conservador porque éste sin Romero, Elduayen, Tetuán... inevitablemente había muerto. Lo que hubo fue un reagrupamiento de las fuerzas conservadoras.

El 22 de enero la prensa adicta publicaba un manifiesto titulado «El programa conservador». Estaba redactado por Silvela y corregido

---

(48) *Ibidem.* 13/11/97.

(49) *El Tiempo.* 30/10, 10 y 30/11 y 23/12/97, 8/1/98.

(50) *Ibidem.* 19/12/97.

(51) *Ibidem.* 23/12/97 y 8/1/98.

(52) *La Epoca.* 3/1/98 y *El Tiempo.* 4/1/98.

(53) *El Tiempo.* 1/10/97.

(54) *La Epoca.* 13/1/98. — *El Tiempo.* 14/1/98.

por Pidal (55), y lo habían firmado los restantes miembros del nuevo Directorio: Martínez Campos, Azcárraga, Cos Gayón y Fernández Villaverde. En él el partido reconocía que, tras la muerte de Cánovas, era inevitable una reorganización en torno a un programa, ya que nadie podía sustituirle. Ningún miembro tenía que renunciar a su pasado, sino cooperar en el futuro. A continuación se entraba en lo que propiamente era el programa del partido, que no era otra cosa que el silvelista con algunos retoques pidalinos, resaltando la fidelidad a la doctrina de la Iglesia. Seis días después se celebró en el Teatro de los Jardines del Buen Retiro un banquete homenaje a Alejandro Pidal, que en realidad era el acto fundacional de un nuevo partido: la Unión Conservadora, nombre que ya había propuesto Silvela para el partido que quería crear frente a Cánovas. Sin embargo todavía no se había proclamado la jefatura del antiguo disidente.

De hecho Silvela ejercía la jefatura. Durante el proceso electoral que siguió a la formación del gobierno liberal, Silvela fue el encargado de presentar las candidaturas conservadoras de Madrid (56). Sin embargo su poder real era limitado y, sobre todo, lo realizaba a un precio muy alto. Pidal, su principal valedor dentro del conservadurismo — Martínez Campos y Polavieja no eran más que generales con prestigio, pero carentes de influencia caciquil ni de grupo adicto dentro del partido— exigió un alto número de distritos. «Donde quiera que hubo un pidalino y un silvelista aspirantes al mismo distrito, nuestro jefe abandonaba friamente a sus amigos». A pesar de ello muchos silvelistas se negaron a aceptar el sacrificio y en muchos distritos «(...) no pudiendo sostener sus candidaturas contra el acuerdo del jefe, se dedicaron algunos a reventar pidalinos donde quiera que disponían de elementos, influencia y fuerza de votos» (57). Sagasta reconoció a la Unión Conservadora la legitimidad ideológica de este signo, otorgándole 66 diputados frente a 6 romeristas y 12 tetuanistas (58).

Silvela, que empieza a actuar ya como portavoz del conservadurismo, fue también el responsable de la elaboración de la política de su partido frente a la del gobierno: respaldo al gabinete y ausencia de toda crítica dada la gravedad de la situación, escepticismo sobre los efectos de la legislación autonomista elaborada por el gobierno para la pacificación de Cuba y exigencia de que «(...) si ese fracaso viniera, el

---

(55) LLANOS, op. cit. Vol. II, p. 389.

(56) *El Tiempo*. 22/3/98. — *La Epoca*. 28/2/98.

(57) UN EX-REDACTOR, op. cit. — *La Epoca*. 28/2/98.

(57) UN EX-REDACTOR, op. cit., p. 235-236. — Ver también CIERVA, J. de la, *Notas de mi vida*. Madrid, 1955. 2.ª ed., p. 40.

(58) MARTINEZ CUADRADO, M., *Elecciones y partidos políticos en España. (1868-1931)*. Madrid, 1969. Vol. II, p. 603.

partido liberal tendría que liquidarlo con todas sus consecuencias, y que al partido conservador correspondería restañar la herida...» (59).

El 19 de abril, víspera de la apertura de las Cortes, Silvela daba un paso más en la carrera hacia la jefatura al ser encargado de pronunciar el tradicional discurso a las minorías, lo que le convertía en jefe parlamentario del conservadurismo. Tres días después, y ante la inminencia de la guerra con los EE.UU., Sagasta presentó la dimisión. Silvela defendió ante la Regente la continuidad del gobierno calificando de «imposible» un cambio de situación. En primer lugar las Cortes tenían mayoría liberal por lo que el gobierno conservador debería ir hacia unas elecciones que resultarían poco ejemplares ante la gravedad de la situación y la proximidad de las anteriores —27 de marzo—. En segundo lugar los liberales debían seguir en el gobierno hasta que se concluyera la paz, puesto que sólo ellos eran responsables de la drástica autonomía concedida (60). Sagasta tuvo que seguir al frente del gobierno y hacer frente al Desastre.

El 7 de mayo Silvela ofreció a Sagasta, en un discurso en el Congreso, su apoyo para «liquidar» Cuba y Puerto Rico. «(...) el otorgamiento de la autonomía a Cuba y Puerto Rico ha puesto término a la representación directa y eficaz de nuestra raza en América (...) representa la dimisión de nuestra influencia directa en las Antillas (...). Esto, que es la verdad, debemos reconocerlo explícitamente y hacer de ello base de nuestro juicio para el porvenir, e imprimir esa idea claramente en la conciencia del pueblo español para que con arreglo a ella resuelva lo que tenga que resolver...» (61). A pesar de este apoyo Sagasta tuvo que continuar con la política belicista.

Cuando por fin el presidente del Consejo consiguió que los militares aceptaran ir hacia una paz negociada, y antes de tomar una decisión definitiva, convocó a personalidades políticas de distinto signo para conocer sus opiniones. Silvela le apoyó, coincidiendo así con la mayoría de los convocados (62). Sólo Romero Robledo, respaldado por Weyler, defendió la continuación de la guerra.

## EL DESASTRE

Silvela, como tantos otros políticos, se equivocó sobre cómo reaccionaría el pueblo español ante el Desastre. Temió una reacción violenta que, además de hundir al partido en el gobierno, podría hacer peligrar la

(59) SILVELA, F., op. cit. Vol. II, p. 412 y ss.— *El Tiempo*. 27/3/98.

(60) *La Epoca*. 22/4/98.

(61) *El Tiempo*. 8/5/98. Insiste en el mismo tema en discursos recogidos por *El Tiempo* el 11 y 12/5/98.

(62) *El Tiempo*. 6/8/98.



Corona (63). Esta creencia le llevó a intentar mantener el partido conservador fuera de toda responsabilidad durante la guerra lo que, junto a la adopción de un atractivo programa de reformas, convertiría a esta formación en el instrumento del que la Regente se podría valer para devolver el país a la normalidad. Sin embargo, como señaló *El Tiempo*, «(...) lo que no podía preverse es la atonía indiferente con que la nación, tan celosa siempre de su honor ante el extranjero, ha acogido la pérdida de sus territorios, después de los sacrificios hechos para mantenerlos en su poder» (64). Como ha escrito Joaquín Romero Maura, el factor más importante para explicar esa reacción de «atonía» fue la falta de culpables directos. «Así, cuando se volvía la mirada atrás en busca de responsables todos los perfiles se desdibujaban en un deliquescente marasmo administrativo (...). El sentido común decía que no era aquel un problema de régimen, ni de libertades, sino de des-gobierno; el país había sido engañado por su propia desidia política» (65).

A partir del 98 los españoles se encontraron cara a cara con la realidad. España no era más que un país pobre y atrasado, que venía viviendo en la ficción de una gran nación. Como consecuencia de este cambio de opinión los políticos pasaron de ser una clase superior por su inteligencia y preparación a ser una banda de caciques devoradores del presupuesto. La opinión pública se entregó a un pesimismo escéptico. Como reacción apareció la «literatura regeneracionista», que en realidad venía de muy atrás, pidiendo las necesarias modificaciones en el régimen político para hacer de él el motor del desarrollo que el país necesitaba. Este «género literario» fue inaugurado por el célebre artículo «Sin pulso», publicado en *El Tiempo* el 16 de agosto de 1898, y que apareció sin firma, aunque nadie dudó de quién era su autor. Silvela, con la autoridad que le daba su larga disidencia y sus antiguas críticas al régimen político, denunciaba en él la falta de vida que se percibía en la sociedad española: «(...) donde quiera que se ponga el tacto, no se encuentra el pulso»; consecuencia, en su opinión, de un régimen político montado sobre el artificio y apartado de la sociedad que, con el tiempo, había conseguido que el ciudadano viviera ajeno a la vida pública, produciéndose una disociación inevitablemente fatal para la estabilidad política. Esta idea, repetida por Silvela durante años, tuvo en estas fechas una enorme resonancia. La conciencia de la necesidad de cambios profundos tanto en la política como en la sociedad y en la economía se hizo general. El Desastre lo había hecho patente. Como ha señalado Pabón, en el terreno de la política «(...) el intento de gobernar

---

(63) ROMERO MAURA, J., op. cit., p. 543.

(64) *El Tiempo*. 23/8/98.

(65) ROMERO MAURA, J., op. cit., p. 37.

realmente sólo será posible para los disconformes en la marcha hacia el Desastre. Ello pudo ser obra de la propia conciencia o resultado de una difusa opinión pública» (66).

La posición de Silvela dentro del partido se veía reforzada considerablemente. El había advertido públicamente que la guerra de Cuba acabaría en un desastre y que había que firmar la paz antes de que se produjera. El estallido de la «literatura regeneracionista» revalorizará su ya antiguo programa y convertirá su larga disidencia frente a Cánovas en un acto de cordura y honradez. Al mismo tiempo era el único conservador capaz de dar una nueva imagen pública al partido. Por último, sólo él supo valorar el riesgo que suponían movimientos políticos como el de las Cámaras de Comercio o el catalanismo y fue capaz, hasta cierto punto, de reconducirlos hacia el conservadurismo, neutralizándolos y fortaleciendo el sistema político.

A principios de 1899 correspondía renovar la Junta Directiva del Círculo Conservador de Madrid. Alejandro Pidal optó por no presentarse a la reelección y propuso a Silvela como nuevo Presidente. Era, al fin, el reconocimiento de su jefatura. Se iniciaba así una nueva etapa del conservadurismo español que coincidirá, cronológicamente, con el reinado de Alfonso XIII, teniendo como ideario político el programa «regeneracionista» que Silvela diseñó durante la década de los años 80, y como figura política más representativa a Antonio Maura.

FLORENTINO PORTERO

*Universidad Nacional de Educación a Distancia*

---

(66) PABON, J., *Cambó*. Barcelona, 1952. Vol. I, p. 174.